

Viniendo ahora á la Exposición, la orfebrería está digna y honrosamente representada en ella por la magnífica instalación Christofle.

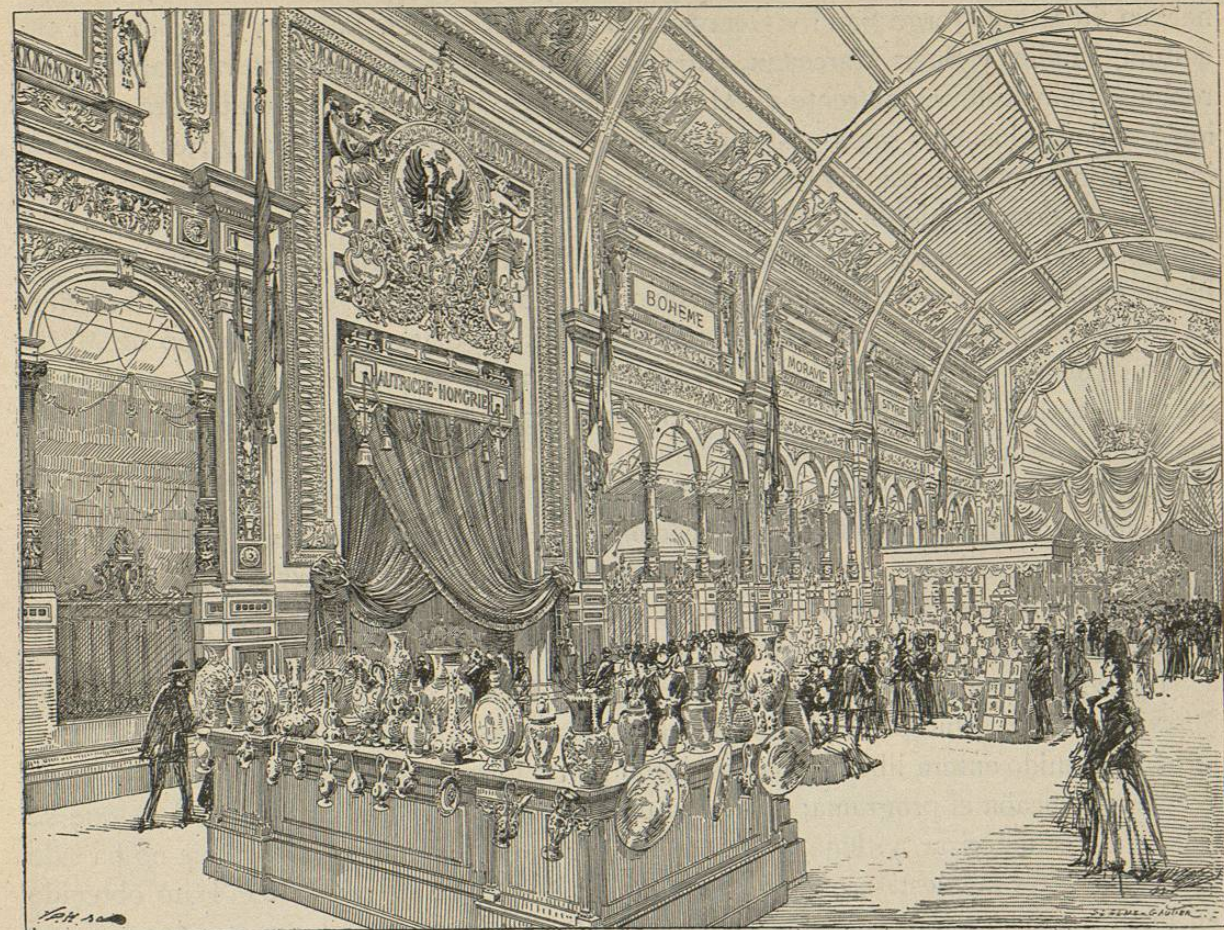
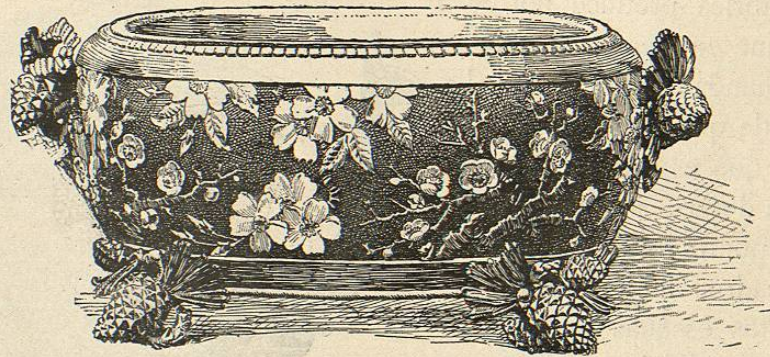
Pero la verdadera maravilla, en argentería de mesa, es el gran servicio, estilo Regencia, de plata repujada, servido á la antigua moda francesa, con su sopera, sus cacerolas, sus chofetas, sus canastillos, sus salseras y vinagreras. Cada una de estas piezas de por sí es una obra maestra de gracia y primor de ejecución.

Al lado de esta opulenta argentería, hay que poner el velador, también de plata, cargado con su servicio completo de te. ¿Quién será la reina de la elegancia contemporánea que tenga el buen gusto de hacer figurar en sus *five o'clock tea* este modelo de gracia encantadora y primorosa ejecución?

También sería preciso hacer mención honorífica de las fuentes de plata en que se han cincelado follajes, arbustos, flores silvestres y gramíneas con tal precisión, que se creería tener en las manos los objetos mismos que la naturaleza produce y que se han metalizado aquí, como otros se petrifican.

Todo esto está ejecutado por los procedimientos de los antiguos plateros, ó poco menos, es decir, con esos instrumentos poco complicados que hemos visto ya en la tienda de los Germain, reproducida en el Palacio de las Artes liberales; y todo lleva el sello personalísimo del escultor, la marca del repujador ó cincelador y el temple de la herramienta, en una palabra, que tiene un encanto particular, que no puede darle la inanimada y fría máquina.

VICTOR CHAMPIER.



Fachada de la sección austro-húngara

LAS

FACHADAS DE LAS SECCIONES EXTRANJERAS

La falsa ciencia debe inspirar á todos los caracteres independientes tanto horror como desprecio. Este vicio, que acaba por imponerse á los temperamentos mejor organizados, es en extremo peligroso, porque se cubre con una máscara hipócrita capaz de seducir á los inocentes ó sencillos y hacer tomar por obra de arte lo que es precisamente la negación absoluta de toda manifestación artística. El arte es ese misterioso é indefinible poder, ese don natural que engendra las obras maestras: la falsa ciencia, la afición inconsciente y presuntuosa, no alcanza mayor nivel que el oficio de un calderero. Y todavía se inclinan más mis simpatías personales al honorable calderero que, por ejemplo, á Jacquet, Vibert ó Bouguereau, esos doctores de falsa ciencia.

La ignorancia, en efecto, no ofrece ninguna inquietud por sí misma, como quiera que, pasiva y modesta, es el suelo virgen dispuesto á recibir la semilla y á dejar ingenuamente que germine el grano que se deposite en su seno. Pero la falsa ciencia, el mal gusto, la nulidad pretenciosa, la lección aprendida de memoria, es una roca en que nada brota.

Esta presunción se llama en música, Halevy y Auber, opuestos á Berlioz y á Wagner; en literatura, Jorge Sand y Octavio Feuillet, enfrente de Balzac y Flaubert; en escultura, Pradier y Saint Marceaux, enfrente de Rude y Rodin; en pintura, Pablo Delaroche y Julio Lefevre, enfrente de Millet y Puvis de Chavanne; en arquitectura... es una legión. Todos los años salen estos presuntuosos de la Escuela de Bellas Artes en masas innumerables, compactas, invasoras, audaces y emprendedoras. Como las langostas de Africa, á todo se adhieren y todo lo devoran.

Este año han caído sobre la Exposición universal y Dios sabe cuán triste obra han hecho, en ella. Sin embargo, el daño es menor que de costumbre: sus destructores dientes se han quebrado contra esas toneladas de metal traídas diariamente al Campo de Marte por la industria moderna. El hierro es poco cortésano y se presta poco á las piruetas y rasgueos de los lápices mal seguros. Buen ó mal grado, ha sido pues preciso dejar el mejor lugar á los artistas.

En la revista que vamos á hacer, encontraremos algunos de estos pseudo-sabios entre los arquitectos encargados de la construcción de las fachadas extranjeras, algunos de esos industriales que dibujan una elevación como un discípulo del Conservatorio ejecuta una escala, ó como un calígrafo una página de escritura, pensando en otra cosa; pero su número es pequeño, y aquí también triunfa el racionalismo.

Las secciones extranjeras se encuentran en el Palacio de industrias varias.

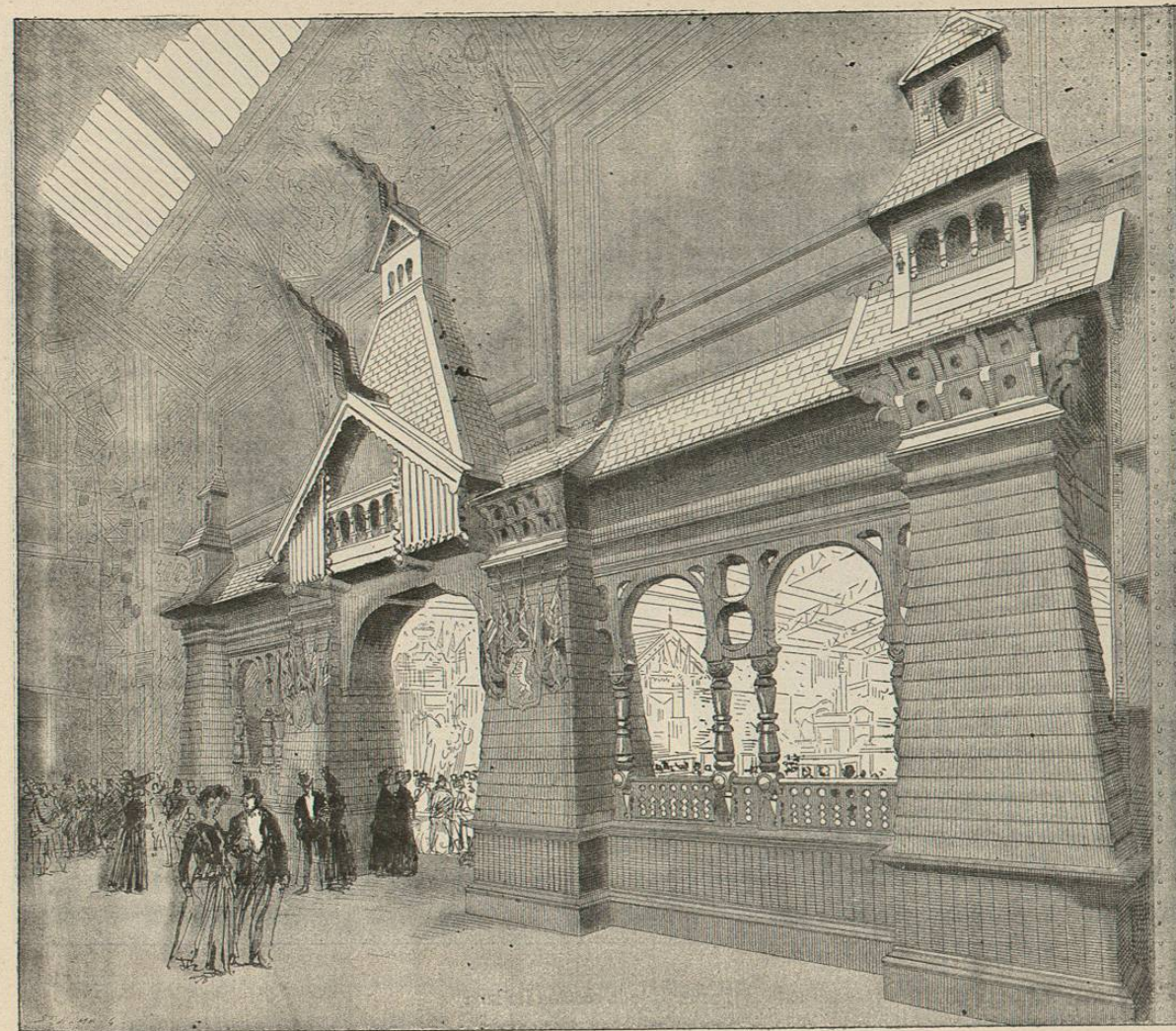
Siguiendo el sabio principio aplicado á las secciones francesas, los expositores extranjeros han tenido entera libertad para ejecutar por sí mismos sus puertas y sus clases. Esta vez se modificaba el programa; no era ya una industria, sino una nacionalidad lo que se trataba de caracterizar, y tiene la idea tal sencillez, una lógica tan vulgar, que no ha sido menester agitar la cuestión estética en esta circunstancia. El admirable éxito obtenido en 1878 con la calle de las Naciones, era por otra parte un precedente por demás favorable para que fuera menester indicar la marcha que debía seguirse.

Comencemos por la galería transversal que corta, paralelamente al palacio de las máquinas, el Campo de Marte en su latitud. Entrando por la parte de la avenida de *Labourdonais*, se encuentra á mano derecha la Bélgica.

Sin las inesperadas é inútiles columnas de ónice con capiteles y bases de bronce dorado que desdican grandemente de la severidad del decorado, el efecto general sería irreprochable. La idea de haber tratado toda la fachada como una inmensa entablatura del tiempo del renacimiento flamenco, es muy ingeniosa. El fondo es de nogal viejo y las molduras de negro palisandro. En cuatro nichos que cortan el largo friso formado por los blasones de las provincias belgas, hay colocadas otras tantas estatuas de bronce negro representando artesanos en traje de la Edad media, que simbolizan los principales gremios del país. Hábilmente tratadas como figurillas anecdóticas, estas estatuas acentúan la intención del arquitecto M. Janlet, de presentar un trabajo tan fino y detallado como un mueble. En la acrotera, pinturas de suave tono completan un agradable y no trivial conjunto. Pero ¡qué lástima haber afeado semejante obra de arte con las desdichadas columnas de ónice!

A la izquierda de la galería, frente por frente de la Bélgica, extiende la Austria-Hungría su correctísima fachada, obra de muy hábil arquitecto. ¿Es alemán, es francés, es italiano, es batíñolés? No me atrevería á precisarlo, pero aseguro que es una obra irreprochable, absolutamente irreprochable.

En el arco hay una vasta puerta cuadrada, cuyo jambaje con ovarios recuerda los



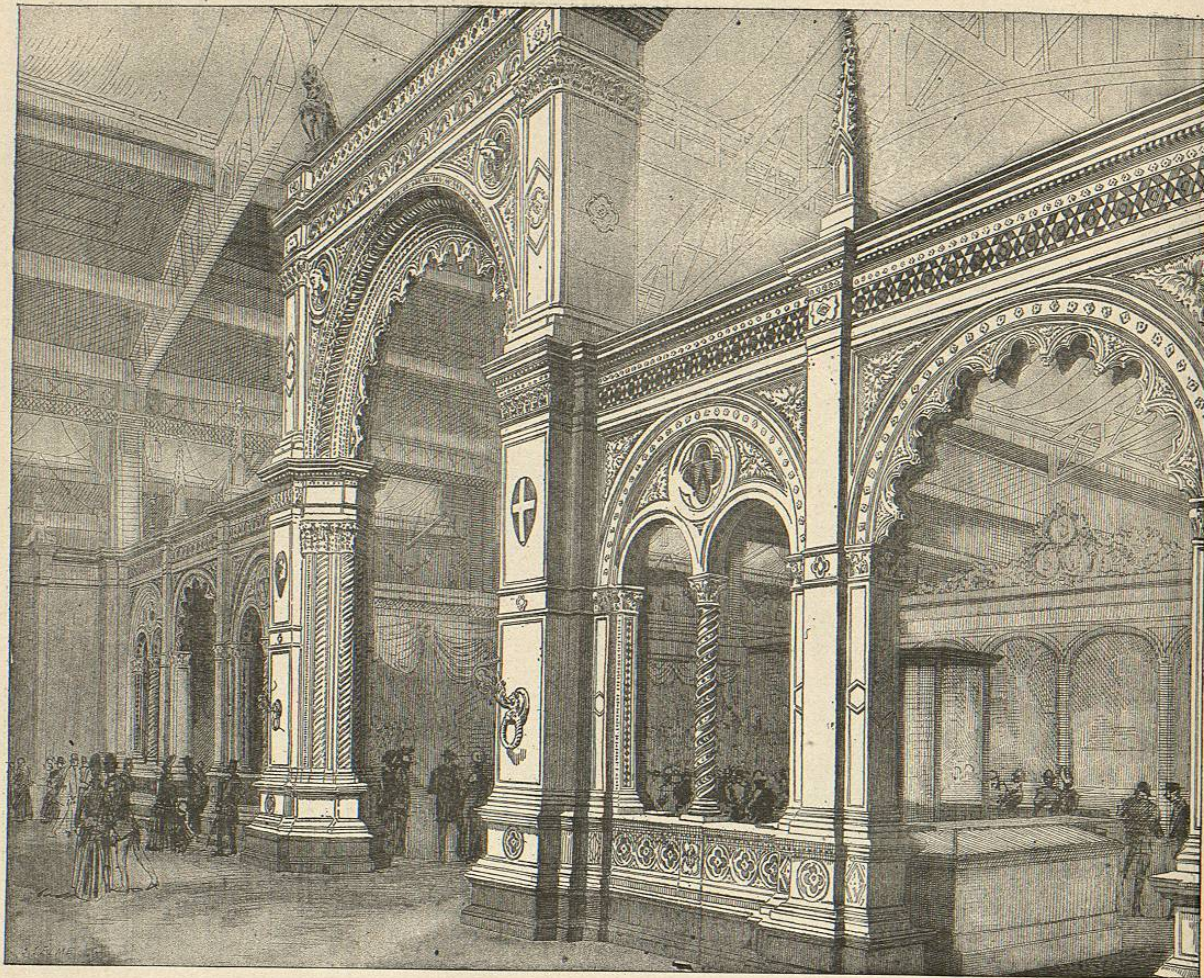
Fachada de la sección noruega

perfiles de M. Garnier, y ajustado en este jambaje un relleno rematado en dos figuras vestidas en el Worth de la Escuela de Bellas Artes, y adornado con rasgos y garabatos escultóricos, de inspiración del mismo Garnier.

A la derecha y á la izquierda una serie de arcos de medio punto, sostenidos por columnas de mármol rojo con capiteles de bronce al renacimiento italiano. Por encima del entablamento grandes tableros de mosaico de oro en que se ven escritos los nombres de las provincias austro-húngaras, y cuyos cuadros están flanqueados de cartones florentinos y coronados de antefijos griegos.

En el basamento, puertas, de excelente proporción, pero sin pasar de dos metros de amplitud, por lo cual será difícil la circulación, especialmente los días en que acuden á la Exposición 300.000 visitantes. Este mismo basamento está cerrado por una verja de hierro negro y dorado de bellissimo dibujo, que todavía lo sería más, si en las enroscaduras no hubiera tenido la idea el arquitecto, M. Duray, de colocar las palmitas tan del gusto de Ictino. ¡Extraño, extraño! El *hipocras* no tiene nada que ver con el *Huniadi-Janos*, ni el coturno con la bota floja. Si Viena y Pesth están tan lejos de la Atenas de Pericles y de la Florencia de los Médicis ¿por qué procurar unirlos á pesar suyo?

M. Fivaz es menos refinado. Encargado de instalar la exposición suiza, que se halla



Fachada de la sección italiana

en esta misma galería, pero al otro lado del domo central, se ha contentado con ir á buscar su inspiración al mismo suelo de nuestro valiente y simpático vecino. La amplia puerta está flanqueada por dos columnas jónicas, y coronada por un frontón en que se ajusta la estatua de la Helvecia (por Soldi) en el pintoresco traje de las campesinas del cantón de Berna.

Por encima de este motivo central corre un vasto alero semi-circular, en cuya curvatura aparecen los signos del zodiaco sobre un fondo azul con estrellas de plata. A derecha é izquierda, hay dos grandes vanos de medio punto, sin columnas, pilastras ni otros adornos. Es una severidad tranquila que caracteriza discretamente á la Suiza ruda, sencilla, laboriosa, económica. Cierra estas aberturas un pórtico de pinabete de remates puntiagudos realzados con vivos colores.

A la altura del frontón de la puerta las armas de los cantones, pintadas en escudos del renacimiento alemán, forman un espléndido y armonioso friso; por encima dos esculpidos tableros, cuyas volutas realzadas y doradas sostienen las armas de Suiza, están coronados por un elegante arco azul y oro que recuerda algunos de esos admirables vasares que se encuentran á orillas del lago de Ginebra y en Zurich.

En resumen, es una de las más interesantes fachadas de las secciones extranjeras, y nos complacemos en consignarlo así en honra de su autor, que es un verdadero artista.



Fachada de la sección helvética

La arquitectura inmediata es de un sentimiento muy distinto: columnas de circo con capiteles dorados, bases doradas, entablamentos dorados, pastelerías doradas, alzándose el conjunto como un petardo sobre un fondo de chocolate bastante desagradable. En la acrotera, nichos bajos en que están inscritos nombres y fechas del mismo color dorado tirando á rosa, y terminados por un arco de Edad media, que desdice mucho de un medio tan heterogéneo. Una avalancha de tapices de gusto execrable y sin estilo.

¿Dónde estamos? Un águila, que lleva en sus garras el pabellón de las trece estrellas, nos indica los Estados Unidos. ¡Cielos! no lo contradigo. Pero podemos estar así en América como en otra cualquier parte. El mérito positivo de esta fachada es que puede servir en otra exposición lo mismo á España que á Inglaterra, al principado de Mónaco ó á otra nación cualquiera. No hay más que cambiar el pabellón: es un medio tan económico como práctico.

Con la Noruega, imposible aplicar este cómodo sistema. Esta fachada de pino rojo, liso, pobre, casi salvaje, de robustas bases, de salientes y altos techos, de pequeñas ventanas, de sencillos y característicos empalmes de armazón, no se avendría fácilmente á la salsa internacional. Y el pórtico con sus groseras molduras, sus columnas retorcidas, sus frescas iluminaciones ¡qué regalo para los delicados! ¡Qué racional, qué encantadora y verdaderamente agradable para nuestros ojos fatigados con las viejas y monótonas fórmulas, aparece esta construcción! Gracias mil al arquitecto Von Hanno por habernos mostrado ese curioso espécimen de la arquitectura escandinava.

Los mismos plácemes dirigimos al señor Thibeaux-Brignoles, de San Petersburgo, el cual sin pretensiones ningunas, ha reproducido buenamente una de las elevaciones del Kremlin, para la fachada de Rusia. Es bien típica esta arquitectura maciza, medio militar medio religiosa, de que se desprende un indefinible perfume de misticismo y de salvajería, y en que se amalgaman las reminiscencias bizantinas con los recuerdos orientales y acaban por fundirse en la primitiva brutalidad moscovita. Esas piedras refieren, en su